

El puesto utópico

A estas horas de la historia han llegado hasta nosotros muchas miradas, todas sugestivas, todas con algún interés por el que ha perdurado ese mirar. Me desasosiega la mirada de Mona Lisa. Desearía haber contemplado la del Lazarillo, cínica, tan aparentemente distraída, pero tan compleja. Personalmente me emocionan los ojos ciegos de Francisco Salinas, que se vuelven hacia su interior y crean la música callada.

En arte, con frecuencia, me he preguntado desde dónde ve el creador.

Difícil me resulta siempre saber dónde se sitúa Velázquez en "Las Meninas". ¿Dónde está el puesto del pintor en este cuadro? Lo vemos dentro de su creación, pero fijándose escorado fuera del lienzo que tiene ante sí hasta nosotros, espectadores. ¿Desde qué punto percibe y qué ve? ¿Atiende lo representado, la obra, el lienzo que nosotros vemos y desde donde nosotros contemplamos? ¿Mira desde dentro del cuadro hacia fuera, tal como nosotros lo avistamos? Es un enigma, una provocación del sevillano, que nos ha dejado para siempre ante nosotros su mirada escrutadora, sugerente.

Nos enseñó a ver. Goya ha enseñado a mirar en los fusilamientos de "El tres de mayo" en la Moncloa. Se ubicó en un lugar que ha indicado posteriormente a muchos directores de cine y a esos espectadores sádicos que disfrutaban contemplando el rostro desencajado del sufrimiento y de la muerte, sin que se vea quien causa tal fiera. Los verdugos no tienen rostro. Sólo los hombres al penar o al morir merecen una atención y una emoción, tal como Goya nos enseñó.

El "Guernica". ¿Desde dónde observa Picasso en el "Guernica" para ver el aquelarre que representa? Ante todo ve dolor y tragedia. No hay lugar exacto, físico, ni existe una posición precisa. Su lugar es un puesto sin situación, incontrolable, clarividente, penetrante hasta las entrañas del suplicio. No ocupa espacio; es la perspectiva de una totalidad.

No hay miradas indiferentes; ninguna es inocente ya a estas horas de la historia.

Del universo de las representaciones visuales que nos proporcionan los medios de comuni-



**ABELARDO
MARTÍNEZ CRUZ**

cación, cierto tipo de fotografías y reportajes provoca la inquietud. En el mundo de la imagen, una visión gráfica puede despertar la conciencia de los hombres. El dolor humano hoy nos llega por la fotografía y el reportaje. Nos entra por los ojos, nos invade por la contemplación que desplegamos ante una humanidad dolida.

No podré evitarlo. Siempre habrá un recuerdo para Kim Phuc, la niña cuyo cuerpo apareció ardiendo por el napalm de una guerra absurda a mitad del siglo XX. Kim Phuc se mostró

como una antorcha que iluminó todo un mundo. Ni podré olvidar al prisionero vietnamita asesinado por un ejecutor próximo, en plena calle de Saigón. Estaba excesivamente cerca el tirador para que la víctima no percibiera la quemazón de la bala que iba a alojarse de inmediato en su sien.

Los dos quisieron refugiarse tras un bidón oxidado pero insuficiente. Primero fue alcanzado el niño palestino que cayó muerto en los brazos de su padre. Sólo tuvo tiempo aquel hombre para una última ternura, contemplar a su hijito muerto en su propio regazo. Luego también él fue abatido por el tiro certero y decidido de un soldado israelí. Había podido ser testigo de una locura sin principio ni fin y esa fue su última emoción.

En el mundo nuestro no hay ya opción a las miradas errantes ni para las conciencias distraídas. Si pretendemos evadirnos esa será nuestra responsabilidad. Hay, sin duda, un mundo cutre, desmoralizante. Pero hay una observación ética desde donde algunos nos ayudan a ver un poco más decente, es decir, más humano. En ese puesto hay algo que seduce, que nos seduce, a pesar de todo. Es el puesto de cualquier testigo de un tiempo que nos humilla a todos sin excepción. Nunca podremos justificar el sufrimiento de los otros porque no hay razón para la ignominia.

Esas imágenes raen el ánimo como un aspe-
rón porque unos hombres saben ver la tragedia con ojos lúcidos y advertir el fulgor del dolor y de la miseria, de una barbarie que no cesa. Siguen siendo una conciencia permanente y atenta. Siguen mostrando a todos nosotros su propio puesto utópico.